EL HEREDERO
DEL ESPIRITU DE S. FRANCISCO,
SERMON
DE SAN PEDRO
DE ALCANTARA,
QUE EN UNA DE LAS FUNCIONES
DEL CAPITULO GENERAL
de la Religion de N. S. P. S. Francisco, celebrado
en la Ciudad de Murcia dia 5. de Junio
del año 1756.

DIXO EL M. R. P:  
Fr. ANTONIO ANDRES,  
LETOR DE PRIMA DE SAGRADA THEOLOGIA EN EL  
Convento de San Juan de la Ribera de  
Valencia.

LE SACA A LA PUBLICA LUZ
UN DEVOTO DEL SANTO, Y LE DEDICA EL  
Autor al mismo San Pedro de Alcantara.

EN VALENCIA, M. DCC. LVII.

En la Imrenta de Joseph Garcia, plaza de Calatrava,
AL GLORIOSISSIMO

SAN PEDRO
DE ALCANTARA,

ESPLENDOR DE NUESTRA NACION,
gloria de la Religion de San Francisco, al-
sombro de la penitencia, y gran
Maestro de la vida es-
piritual.

Eria vanidad, y una vanidad ridi-
cula, pensar yo, que esta despre-
ciable obra mia, pudiera subir tan
alto, que se viesse colocada en
vuestras manos. Soy contento, que
llegue à vuestros pies, donde voy
à hacer de ella un sacrificio, para
obligaros à que la admitais, y la protejais. Por
mi nada merezco; pues teniendo de Vos, no mas
que el titulo de Hijo de vuestra Reforma, y vue-
stra Provincia, no reconozco en mi cosa, que os
obligue. No obstante, todo lo espero, y todo me
lo prometo de Vos. Mi confianza fe funda sobre
la misma naturaleza de esta Oracion, sobre el co-
nocimiento de las efusiones, que soleis hacer de
vuestra piedad, y sobre el merito de quien me
manda poner esta Oracion al resguardo de vue-
tro patrocinio. Y quanto à lo primero, no po-
dreis menos de complaceros, y conseqüientemente
admitir bajo vuestra proteccion una obra, cuya
materia son aquellos passages admirables de vue-
stra vida, por los quales fuiste mirado como pro-
digio en la tierra; aquellos raros exemplos, con
que arrebataste del mundo para la Religion à tan-

tos
tos adoradores del idolo de la vanidad; aquellas grandes empresas, con que causaste al infierno tantas derrotas; aquella fuerza poderosísima de vuestras enseñanzas, con que hiciste caerseles de las manos a tantos jóvenes el caliz de la impura Babilonia; y aquellas virtudes amables finalmente, que derramadas como precioso bálsamo sobre la tierra, han exhalado de sí tales fragancias, que enamorando con su suavidad a las almas, hacen empeño suyo las más dichosas, de proponerse para la imitación. Vuestras entrañas son todo piedad, amor, beneficencia; y si en vuestro corazón hallan grata acogida todos vuestras Devotos, no la hallará menos favorable en vuestro patrocinio, esta Oración, dicha a gloria vuestra. Ni mi esperanza de vuestra protección tiene menor apoyo, sobre el merito de quien me ordena dedicar a Vos este pequeño trabajo. Este es aquel GRAN DEVOTO, a quien tantas noches haveis visto velar en vuestras Altareos, esperando de Vos la serenidad en sus borrascas, y el consuelo en sus tribulaciones. Este, a quien conocéis como planta de vuestra Selva, y decoro de vuestra Familia, es, a quien debéis aquella moderna gloria, que está publicando todo el Vaticano. Sobre tan sólidos fundamentos como estos, fundo yo, Santo mio, mi confianza. Sed pues propicio a mis ruegos, y a mis deseos. Librad mi Oración de las mordeduras, y detráimientos de la calumnia. Inspirad en quantos la leyeren, sentimientos de compunción, y de ternura, afectos suavísimos de devoción, aborrecimiento a los sensuales, y sensibles deleites de la tierra, amor a los bienes estables de la Gloria. Alcanzad, Santo mio, para todos vuestros Devotos una adhesión tan constante a vuestras virtudes, que traten de imitarlas.

Asi os lo suplica, y ruega el mas indigno de vuestrros Hijos, y Devotos, que adora vuestras plantas,

Fr. Antonio Andres.
E orden de nuestro Carísimo Hermano, y Padre Fr. Antonio Juan de Molina, Letor de Sagrada Theologia, Ex-Custodio, Padre de muchas Provincias, Ex-Secretario General de la Orden, y segunda vez actual Ministro Provincial de la Provincia de San Juan Bautista de Franciscanos Menores Descalzos: hemos visto el Sermon, que nuestro Hermano Fr. Antonio Andres, Letor actual de Sagrada Theologia, Hijo de la misma Provincia, dixo en la Ciudad de Murcia, en una de las funciones de el Capitulo General, que en dicha Ciudad se celebró el año pasado de cincuenta y seis, en elogio del pasmo de la penitencia, el Señor San Pedro de Alcantara: y confessamos con toda sinceridad, y lisura, que nada mas hemos hallado en esta Oracion, que otros tantos motivos para la alabanza de el Orador, quantos son los periodos de que se compone. La calidad de Censores, y apasionados al Orador, cosa tan propia, como de nuestra misma Casa, junto con los recelos, de que se puede presumir efecto de la amitad, y ley, lo que debe ser testimonio de la verdad, no nos dexa correr la pluma en sus elogios, según el aviso de Seneca. (1) Pero ni tampoco los conocidos meritos de el Orador, y los creditos, que se ha ganado con su aplicacion en la Oratoria, nos permiten por otra parte ceñirnos a los precisos limites de una censura. (2) Vemos en este Panegirico una de aquellas Oraciones, que en pocas pa-
Optimum orationis genus, quod panis, multa sunt gravi-
ter, sapienter, &
acutè significata. Plutarch. in Pho-
cion.

Qui in supremo spi-
ritu erat constitui-
tus. 2. Machab. cap.3. v.31.

Spiritus Domini du-


Spiritus grandis, &
fortis. 3. Reg.c.19.

v.11.

Ecclesiastic. c.50.
v.14. & Isai.c.49. v.18.

labras encierran muchas sentencias, manejadas
todas con gravedad, sabiduria, y agudeza. (3) Hace ver en ella nuestro Predicador, que San Pedro de Alcantara ha sido el heredero de el espíritu de San Francisco; y bajo de este carác-
ter, nos hace comprender, que este espíritu de San Francisco ha sido en San Pedro de Alcan-
tara, un espíritu principal, de que estaba con-
tituido, y que fue la alma de sus acciones; (4) un espíritu recto, que le guió en todos sus ca-
minos; (5) un espíritu zeloso, que le governó en sus empresas; (6) y finalmente un espíritu grande, y fuerte. (7) Grande en la sublime obra de su Reforma, que tanta gloria ha dado a la Religion Serafica, y tantos frutos a la Iglesia, que te xen aora à San Pedro de Alcántara la co-
rona hermosa de su grandeza: (8) y fuerte en
superar todos los esfuerzos, que embarazavan sus
designios, y se oponían al carácter de heredero de el espíritu de San Francisco; bajo de el cual
havia de mantener todos los derechos de su San-
to Padre, en los rigores de su Institu.to. Todo
esto nos hace comprender el Orador en la bre-
vedad de este Panegirico; pero todo con grave-
dad: Graviter; todo con sabiduria: Sapienter; y,
todo con agudeza: Et acutè significata.

Se echa de ver su agudeza, en la futil, y ca-
bal penetracion de los lugares de la Oratoria, de
donde, como de preciosas minas, saca en la in-
vencion los argumentos mas ajustados a la idea,
y sugeto de su Oracion: Acutè. Da à conocer los
fondos de su sabiduria, y lo bien instruido en to-
das buenas letras; en los lugares de Escritura,
y Santos Padres, en que apoya sus argumentos,
derramando tan copiosamente las riquezas de es-
tos preciosos minerales, que con verdad está es-
te Panegirico sembrado por todas partes de sus Sentencias. (9) Una cosa hay bien particular, y
es, que en tan abundantes raudales de Sagrada

Doc-
Doctrina, no se ve aquí lugar alguno, de cantidad se producen, adulterado con siniestras interpretaciones, ni fuera de el sentido genuino, que llevan en sí mismos, o en los Santos Padres, que son la regla segura de su inteligencia; antes sí con la aplicación de las Escrituras en su valor natural, con su genuina, y llana inteligencia, y con la util penetración de el espíritu de su doctrina, (10) dà nuestro Orador tan admirable temperamento de solidéz, y hermosura; de enseñanza, y erudición; de suavidad, y fuerza a su narración; que cumple llenamente los fines, que todo Predicador debe tener, que son, deleytar, enseñar, y mover. (11) Para contribuir a estos fines, y confirmar los pensamientos, que se propone, maneja con igual destreza, que las Escrituras, y Padres, las Historias así Eclesiásticas, y naturales, como profanas; apropiando los lugares que hacen al caso de los argumentos, que trata. Por todas buenas letras se difunde con una profunda comprensión, dexandose admirar fa-bio en las Escrituras, versado en la leccion de los Santos Padres, y instruido en todo genero de historias. Ingenio grande! que ha abrazado tantas, y tan diversas materias, como si a cada una en particular huysiese aplicado todas las tareas de su estudio; ò cada una de por sí se huysiese llevado todos los afanes de su aplicación: (12) Sapienter.

Finalmente manifiesta la gravedad, y peso en la seriedad de el estilo. Es éste verdaderamente sublime, como lo es el objeto á quien elogia; pero en esta sublime elegancia comprende con habilidad, que es de pocos, los tres generos de estilo, que señala San Agustin; (13) y en un so-lo lenguage se dexa entender de todos con gusto, y de ninguno con fastidio, cumpliéndose en nuestro Orador, lo que de sí mismo dixo San Pablo. (14) Es consiguiente, ó por mejor decir,
lo que hace el todo de la elegancia de su estilo, la limada pulidez de sus voces, la viveza de sus expresiones, la graciosidad, y hermosa variedad de sus figuras, y la recta disposición, y orden en todas las partes de su Panegírico, que con los primores del arte da a todo el un punto de admirable esplendor. No se hallan aquí aquellas voces débiles vacías de toda unión, y esféricas de la significación, que es de provecho para la eloquencia Christiana, las que tanto aborrece Seneca. (15) Son propias, y cañizas las voces, y bien limadas en el idioma Castellano; las expresiones cumplidas; el concurso de las palabras tan natural, que constituyen tan ajustados los periodos, y coordinados en todos sus miembros, que ni les faltan voces, ni les sobran palabras. (16) En suma, los ejemplares tan de el caso, la fidelidad en los testimonios, la propiedad en los epígrafos, el concertado repartimiento de las figuras, la solidez de los argumentos, el peso de las sentencias, la eloquencia de las palabras, y la suave fuerza de los periodos, (17) publican, que está llena esta Oración de gravedad, sabiduría, y agudeza: Multa sunt graviter, sapienter, acutèque significata. (18)

Según la idea, que este Sermon nos da de el Orador, podemos decir de él con Lactancio, que es de ingenio fácil, copioso, y suave: fácil, en los ornatos de la eloquencia; copioso, en la explicación de las sentencias; y suave, en las per- fusiones de la inventiva: pero no es fácil discernir en qué cosa de éstas se excede, ó adelanta a sí mismo, pues que le hallamos igual en todas. (19) Estaban por demás nuestros elogios, pues que este Sermon, y otros, que ya tiene dados al público, son unos testimonios claros, y de toda fe, que en disfráz dicen el ingenio, y habilidad de el Orador; (20) y aun nos obligan a excluir con el Santo Arzobispo, el Señor San-
to Tomás de Villanueva : Grande Predicador! que aun callando, son sus obras clamorosas voces, que publican sus alabanzas. (21) En obra de tanto Maestro de la Oratoria dicho se estava, que nada tendria que corregir nuestro juicio; mucho si, que admirar. (22) Por esto, y no haver cosa en este Sermon, que contradiga a la pureza de nuestra Fe, y buenas costumbres; antes bien ser el un incentivo de devoción azia el Santo, que es el objeto de su alabanza, juzgamos merece salir a la publica luz. Asi lo sentimos (salvo semper, &c.) En este Convento de San Juan de la Ribera de Valencia, a 2. de Junio de el año 1757.

Fr. Francisco Girona. Fr. Juan Escrivano.
FR. Antonio Juan de Molina, Letor de Sagrada Theologia, Ex-Custodio, Ex-Secretario General de la Orden, en esta Santa Provincia de San Juan Bautista de Religiosos Menores Descalzos de la Regular, y mas estrecha Observancia de N. Seráfico P. S. Francisco, Ministro Provincial, y Servo, &c.

Por el tenor de las presentes, y por lo que à Nos toca, concedemos nuestra bendición, y licencia à nuestro Hermano Fr. Antonio Andres, Letor de Prima de Sagrada Theologia en nuestro Convento de San Juan de la Ribera de Valencia, para que pueda imprimir un Sermón Panegírico, que en gloria de San Pedro de Alcántara predicó en el Capítulo General de toda la Orden, que el año pasado de 5756. se celebró en la Ciudad de Murcia, atento a que visto, y examinado de orden nuestro por Religiosos de nuestra satisfacción, nos asfeguran, no contener cosa alguna contra nuestra Santa Fé Católica, y buenas costumbres. Datis en este nuestro Convento de San Andrés del Valle de Gallinera en 11. de Junio de 1757.

Fr. Antonio Juan de Molina,
Ministro Provincial.

Por mandado
De nuestro Carísimo Hermano,
y P. Provincial,

Lugar del Sello.  
Fr. Juan Bautista Briz,
Secretario.
APROBACIÓN DEL Dr. BASILIO ROMÀ, CURA propio de la Parroquial Iglesia de Santa Cruz, y Cathedratico de Theologia en la Universidad de Valencia, por comision del Sr. D. Pedro Albornoz y Tapies, Dr. en ambos Derechos, Canonigo de la Santa Iglesia de Valencia, Vicario General, y Governor del Arzobispado de la misma, &c.

M. I. S.

HE leído con aprovechamiento mio este Sermon, que V. S. M. I. se ha servido fiar a mi censura; encargo, que yo solamente admitiera obligado de autoridad para mi tan respetable, pues el Sermon pasó ya por otro examen mas serio, y mas seguro, que pudiera hacer el Auditorio a quien se predicó. Fue este no menos que todo el Capitolio General de una tan estendida, religiosa, erudita, y eloquente Familia como la de el Serafico Patriarca S. Francifco de Assis. Y haviendo este Sermon merecido de toda ella no solamente la aprobacion, sino los aplausos, que movieron a personas bien intencionadas los deseos de que se publicasfe, ninguna censura mia puede tener tanto peso, ni grangear a esta Obra tanta autoridad, como el haver parecido acertada a Congreso tan grabe, haver gustado de ella Sugetos de tan delicado gusto.

Mas ya que estoy precifado a explicar mi dictamen, lo diré con la mayor entereza. Soy de sentir, que el Autor desempeña las grandes obligaciones de un Orador zelofo, y primorofo; pues nos descubrió la excelencia mas sobrefaliente del grande S. Pedro de Alcantara en una proposicion fimple, mirandola como el blanco de todos sus discursos. El nos propone al objeto de fu Oracion, a todas luces grande, como un verdadero retrato, como un hijo femejante, y asi heredero del espiritu elevadísimoe del Serafico Patriarca S. Francisco; y convenciendo en S. Pedro de Alcantara esta
efta singularísima excelencia, insensiblemente, pero con eficacia, nos exorta a copiar en nuestras almas las virtudes que S. Francisco nos dexó para imitar, y S. Pedro nos enseñó a imitar.

No se manifiesta el Autor de esta Oración menos primoroso en el arte difícil de orar. El delega para enseñar, y enseña para mover, que son los medios, y el fin de la verdadera Retórica, sin desviarse a mirar como fin lo que debe ser medio; o parar en el medio, sin cuidarse de lo que debe mirar como fin el Orador. En la invención es ingenioso, exacto en la disposición, propio en la locución, medido en el uso de las figuras, en la conclusión parece hacer ver el triunfo que ha logrado del ánimo de su Auditorio. Y es, que penetrando bien las reglas del arte de orar, y bien prevenido de la erudición que nos ofrecen las Sagradas Letras, e Historias Eclesiásticas, sabe manejar estas armas con tal tino, y destreza, qual corresponde a un verdadero, y acabado Orador Eclesiástico. Y si alguna vez disfruta la erudición profana, es con la misma prevención, con que Dios permitía a su Pueblo casamientos con las mujeres cautivas, cortado el pelo, y las uñas; esto es, como explica San Geronimo, apartando de la doctrina de los Gentiles quanto hay de superfluo, y pernicioso.

Todo esto es decir a V. S. M. I. que en esta Oración no he advertido cosa agena de nuestra Santa Fe, y buenas costumbres, ni opuesta a las Pragmaticas Reales, por lo cual creo es digna que vea la luz publica. Así lo siento, salvo semper, &c. Valencia, y Julio 13. de 1757.

Basilio Romá.

Imprimatur.

Dr. Albornoz, Vic. Gen.

Imprimase.

Caro.
U.íen quiéra saber quanta razón tuvo Salomon para decir, que el hijo prudente es la alegría de su padre; (1) mire a David, a quien hace dulces todas las amarguras de la muerte, considerar solo, que dexa en su hijo Salomon, un sucesor, no menos de su piedad, y Religion, que de su Corona. Repare en Mathatias, que dexa con gusto la empresa de los intereses del Templo, y de la Religion, porque la dexa encomendada a sus hijos, de cuyo valor, y zelo se promete los adelantamientos mas dichosos. Bueva los ojos a Jacob, y le verá poner un término feliz a su vida con gran serenidad, porque descarga todos los cuidados de su numerosa familia sobre la persona de Joseph, en quien nada ha tenido que reprender. Aora pues, si tanto gozo trae a un padre un solo hijo criado en temor, y Religion: qual creereís vosotros sera el gozo de aquel Francisco de
Afsis, moderno Jacob, cuya numerosa descendencia, repartida en otras tantas Tribus como Familias de su Instituto, llegan hoy a cubrir toda la tierra? Gloriase el Apostol de que los de Corinitho son hijos de su fecundidad, alegando, que él los engendró, por haverles dado nueva vida, solo con inspirarles el Evangelio. (2) Francéíco, nuestro gran Padre, no sé si diga tiene mas razón para gloriarse que el Apostol, pues él reconoce Hijos suyos una multitud tan numerosa, quizás como la de Pablo, engendrados por la comunicación de su espíritu, y de aquella Regla, que es un compendio de los consejos del Evangelio. Bastaría á San Francisco, para obtener una gloria no vulgar, reconociéndose hijos suyos los muy RR. PP. Vocales de nuestro Capítulo, capaz cada uno de suceder en el supremo gobierno por su merito, de presidir en el Parnaso por su sabiduria, y de sentarse con honra sobre el Sillio augusto de Salomon, desempeñando sus funciones con tanto acierto, que no se echarte menos la prudencia maravillosa de aquel Monarca. Pero sobre esta gloria de Francisco, él la tiene mayor cada vez que se oye llamar Padre de un Antonio de Padua, de un Buenaventura, de un Bernardino, de un Capistrano, de un Pasqual, y de otros muchos, que por la multitud se confunden. No obstante no sé si diga ser el sujeto de nuestra solemnidad, el parto más dichoso de la fecundidad de San Francisco: pues siendo cierto, como nos dexó escrito el Eclesiástico, que en los hijos se conoce la condicion de los padres; (3) dificultosamente se hallará otro en quien tan a lo natural se vea delineada la persona del Serafico Patriarca San Francisco, como en aquel gran Pedro de Alcantara, tan conocido en la Iglesia por su contemplación, y per-
nitencia, que sirviéndose de estas virtudes, como de dos alas, se remontó tan alto, que no hay mortal vista que le pueda dar alcance. Con solo dar una mirada al Evangelio, queda alguna ra persuadido a que en San Pedro de Alcántara se reconoce quanto tuvo de admirable a los ojos del mismo Cielo el Serafico Padre San Francisco. Considerese el carácter de San Francisco en su humildad, pues vease, que la Iglesia hablando con nuestro Pedro, le intitula humilde, según entiende Beda este lugar: (4) *Pufillus greg ob humilitatem.* Aora se considere por divisa de San Francisco su pobreza, y desprendimiento de las cosas terrenas; Pedro exhortado a la desapropiacion de toda substancia, (5) se desposee de cuanto estima la ilusion de los mundanos, cuyos fondos, si son vestidos como los consideró San Gregorio, (6) queda desnudo para entrar en batalla con el Demonio, con la confianza, que la fuer te decisiva será la posesion de una corona, que al celestial Padre plugo de prometerle. (7) A este Santo pues hecho Heroe, no solo por el ar dor con que emprendió, sino mucho mas por la felicidad con que configuió hacer revivir el espíritu de San Francisco en la mas pura practica de su Regla, es a quien se quiere obligar, para merecer por su intercesion la assistancia del Espíritu Santo en este Congreso General, donde nada menos se trata que destinarle a San Francisco un Successor. Si nuestra Religion fue representada en aquella Estatua, que fue mostrada al Serafico Patriarca, se dexa entender, que la cabeza que se le va á preparar, ha de ser de oro purísimo como aquella, (8) o como la de la Estatua de Nabuco, (9) quiero decir, de oro, por la estimacion, y precio de su merito, pues debe ser ella, à quien pertenezca.
comunicar la vida a los miembros de este gran cuerpo de la Religión, ordenarlos, y promover en ellos los movimientos más inocentes. Y como para esto nada conduzca la exterior apariencia de la persona, sino sus costumbres, y su prudencia; no debe ser hecha la elección del Superior por atención al vestido, como Isaías dijo en tono de queixa, cuando anunció vendría tiempo, en que para constituir a alguno Superior, y Príncipe, de nada más se le examinaría que de el vestido: Vestimentum tibi est, Princeps esto nostro. (10) Para la elección pues del Superior se ha de consultar solamente el mérito, la justicia, y el común provecho de la Religión: de manera, que las señas para conocer al más digno Sucesor en el supremo gobierno, son la pureza de la vida, la inocencia de las costumbres, el trato inculpable entre sus hermanos, la participación con ellos de las austeridades del estado. Esto era lo que a Primislao elevó tanto entre los suyos. Quando le vieron comer sobre una mesa de hierro manjares rusticos como todos los otros, entonces fue llamado para reynar en Bohemia. (11) Yo sé, haver en muchas de las elecciones del mundo una especie de hombres, que enamorados de sí mismos, y concibiendo altamente de su mérito, se atribuyen todo lo bueno que ven en los otros; se consideran con derecho á cualquiera honra; estudian encontrar defectos de que acusar á todos aque- llos, que pueden servirles de embarazo en sus pretensiones. Revestidos de este espiritu de amor propio, son luego comprendidos del sutil ayre de la ambicion, la cual les sugiere con toda su fuerza, que ellos son los sugetos mas benemeritos de los concurrentes; y así, que haciendo justicia á su mérito, deben conspirar en ellos.
todos los Electores. Sería temeridad pensar, que en una Religion, cuya profesión inspira sentimientos de humildad, y de abatimiento, haya hombres de pensamientos semejantes; y si los tuviešse, que tengan arte bastante para disimular estos afectos a la penetración de tantos prudentes. El Serafico Patriarca San Francisco, que desde el Cielo vela amorosamente sobre esta escogida Familia, inspire a los M. RR. PP. Vocales; y San Pedro de Alcantara, cuya asistencia se va a interesar en esta solemnidad, interponga con el Padre de las luces su valimiento, para que las derrame sin límite sobre el espíritu de estos Padres. A mí toca representar las virtudes de este Heroe. Ellas son de una extensión tan vasta, y de una tan alta estimación, que todas las acciones de su vida, en las cuales cada virtud da un esplendor, digno de que admirados le consideren los mismos Ángeles, me hace pensar, que Dios, criando a nuestro Santo, tuvo el destino de hacer ver al mundo, para confusión vergonzosa de los mortales, cuanto puede obrar un hombre compuesto de carne como nosotros, pero animado de la divina gracia. La Virgen Purísima, que tanto contribuyó a las virtudes, y verdadera grandeza de nuestro Santo, no podrá menos de alcanzarme la mucha gracia que necesito, si vosotros, y yo la obligamos, saludando con la misma atención, afecto, y ternura con que la saludó el Ángel cuando le dijo; 

**AVE MARIA.**

* Nolite timere pusillus grex, quia, &c. Lucæ 12. v. 32.

Por las complacencias, que han tenido los padres con sus hijos, y la ternura con que los han amado, se puede hacer un juicio pruden-
dente de las felicidades, que en su idea tenían concebidas de su fecundidad. Tolomeo amó tan estrechamente á su hijo, que le cedió en vida la Corona, teniendo por más honroso ser padre de un Rey, que ser Rey en toda propiedad. (12) Themístocles hacia terníssimas caricias á su hijo destinado al Trono de la Grecia. (13) Demetrio, Rey de la Asia, y de los Medos, eligió ser esclavo de Seleuco, primero que consentir en excluir de la sucesión al Rey-no á Antigono. (14) Semejantes expresiones de amor han nacido siempre, ó del buen trato que se prometían de sus hijos, ó porque creyeron, que sucediendo en las costumbres los hijos á los padres, hacían mas allá de la muerte durable su gloria, y esplendor. Y á la verdad, así lo leemos en las historias humanas, de Recesvinto, de Honorio, de Theodomiro, y de Leon, en quienes fueron vistas refucitar las bellas calidades de sus padres. (15) Toda la antigüedad ha apoyado siempre aquella sentencia de Eurípides, en que establece la bienaventuranza de los padres, en la buena disciplina de los hijos; (16) tanto, que creyó un Filósofo darle á Filipo Rey de Macedonia el mayor elogio que podía, con solo llamarle padre de Alexandre: Sufficiat tibi filium habuiisse Alexandrum. (17) Juzgó el ingenioso Orador, que todas las otras glorias debían ceder á esta de ser padre de Alexandre, ó que esta sola suponia á Filipo un hombre digno del aplauso, y de la admiracion de todos los hombres. Y con razón, pues quando el Eclesiaástico asegura ser los hijos imágenes muy parecidas á los padres, (18) no solo debe ser entendido en lo físico, como lo entendían los Pueblos de Libia, (19) sino tam-

(12) Fulgo.lib.5. cap.7. 
(13) Fulgo. ut supr. 
(14) Plutar. in Apoph. 
(15) M.Fl. Clav Hift. fig.4.7. 
(16) Eurip. in Orest. Beatus, qui beatus est in liberis. 
(17) Sabel.dePhil. Reg.Maced. 
(18) Eccl.cap.11. v.30. 
(19) Polib. lib. 1. cap.1.
te se ve, que copiar en sí los hijos los vicios, ó las virtudes de sus padres. Veis aquí vosotros, Señores, que la grandeza del animo de Alejandro fue la que enteramente contribuyó allá a la gloria de Filipo; aquí veréis por el contrario, como San Francisco de Asís, mi gran Padre, es quien forma todo el elogio merecido de nuestro San Pedro de Alcantara. Y cómo? Representando a San Pedro de Alcantara, digno hijo de San Francisco, pues con esto solo queda convencido, se trasladaron a él las mismas impresiones, y afectos de que estuvo penetrado el corazón de su Padre. Haciendo justicia al mérito de nuestro Santo, aplicaré yo mi débil talento para mirar con buena luz la pintura que hace el Evangelio, describiéndole como hubiese visto con los mismos coloridos con que se representa San Francisco. A vosotros tocará juzgar, si es efecto de un amor entrañable, si de un conocimiento bien fundado, reconocer yo en San Pedro de Alcantara, como caracter suyo, ser el: 

**El heredero del espíritu de San Francisco.** Nunca creeré haber hecho cosa tan grata a vosotros, tan magnífica a nuestro Santo, y tan gloriosa para San Francisco, como cuando llegue a establecer por verdad sólida, que el espíritu grande de San Francisco de Asís, descansó en San Pedro de Alcantara, como en su heredero.

§. I.

An alto destino como de Sucesor del espiritu de San Francisco de Asís, no podían menos de anunciarlo algunas señales. A un día tan claro como el de la vida de San Pedro de Alcantara, debía prevenirle una Aurora bella. Tales fueron los primeros años de nuestro San-
to. En ellos fue visto animado de un espíritu superor a todas las edades, que le hizo confagar aquella primera a la contemplacion, y a la penitencia. Quatro años tenia aun no bien cumplidos, y ya se dexava advertir en sus movimientos la compostura, en su semblante la honestidad, en sus consejos la madurez, en sus ocupaciones la Religion, en su comercio la caridad, y en todo él, la uncion del Espiritu Santo de que se hallava prevenido. En edad tan tierna como de cinco a siete años, le admitia ya el Señor a su trato, a su osculo afectuoso, a sus tiernas caricias, a sus dulces abrazos. Le sublimava al grado de una union perfecta, le dava parte en sus secretos, le absorvia en el pie-lago de las divinas luces, le inundava con las avenidas de todas las gracias, y hacia muchas veces que oyefle su voz, no como el niño Samuel en un sueño profundo, sino en excesos frecuentes de su mente. (20) Qué mas? O Santifsimos Moysés, Elias, y Elíseo, tan acostumbrados a gustar aqui en la tierra las delicias del Paraíso! inclinad vuestra cabeza desde el lugar de vuestro reposo, para dar una ojeada, y contemplar un espectaculo digno del asombro, y admiracion de todos los siglos. Se quan sensibles pruebas recibisteis sobre el Carmelo, y el Sinai, de la condescendencia amorosa de nuestro Dios, y no obstante me lifongeo combidaros a una novedad, que tendra absorta, y arrebatada vuestra atencion. Merecisteis beber el nectar de la ilustracion divina, y comer el pan suavissimo de las comunicaciones del Cielo, unidos a la Soberana Magestad con el estrecho lazo de un amor dichoso. Mas quando fue esto? Havreis de confessar, que quando fuilteis admitidos al familiar trato con el Señor, contavais ya con mu-
chas pruebas a que había sido puesta vuestra fe; con persecuciones sangrientas toleradas con alegría, con trabajos infinitos padecidos en defensa de la Religión; y quizá mas de una vez hubo de velar sobre vosotros la providencia, para que no cayeseis en las manos de los que trabajában sacriificaros á su odio. A vosotros pues, que con tantas experiencias haveis aprendido quanto cuesta merecer las atenciones de Dios, es á quienes yo ruego deis la estimación, que se merece este espectáculo admirable. Ved aquí un niño de siete años comparable ya con vosotros en las mercedes con que le honra el Señor. Mirad esta amable criatura en la concavidad de una pared del Templo. Allí le va á buscar el Espíritu de Dios. Allí le halla. Allí le ilustra el entendimiento con saludables conocimientos. Allí le inflama la voluntad con ardentísimos deseos. Allí le acaricia, allí le regala, allí le transporta; y haciéndole insensible a los afectos de hombre terreno, le obliga á abandonarse por presa del amor divino, y á ceder á la suave fuerza que le arrebata en el ayre, y le mantiene muchas horas levantado de la tierra. Tan nueva maravilla á vosotros toca, Santíssimos Profetas, admirarla, y darle el aprecio de que es digna; y á nosotros pertenece confundirnos á vista de un niño, con quien después de tantos años de Religión, no podemos tener la dicha de compararnos. Y os parece á vosotros, Señores, que de un niño tan admirable no se podían prometer las mayores ventajas, y hacer felices vaticiniros, sin temor de que faltase la experiencia á calificarlos? Lo cierto es, que Salomon no pudo engañarse quando dixo, que de las ocupaciones de los niños, se arguyen sus progresos en la mayor edad. (21) Y siendo esto cierto, v. i1.
como lo es, se déxa conocer quan altos serian después los huesos de efta Palomita, que en el nido mismo de la infancia se elevava ya sobre la tierra. Si tan hermosas claridades difundía de si el Sol de nuestto Santo en fu oriente, quantos ardores no derramaría en el medio día? Si tan­tas gracias del Cielo eran no mas que unas go­tas del saludable rocío, quales serian las lluvias, que dichosamente le inundarian después? Pero déxado efto á parte, lo que es innegable, que la providencia divina tenia destinos soberanos so­bre este Niño, y no faltó con el á la costumbre de prevenir con bendiciones de dulzura á aque­llos, que determina á los empleos de honor, y de confianza. Afi se portó el Señor con Josuè, destinado á fuéceder á Moysès en el gobierno, y autoridad sobre la Nacion Santa. (22) De efta manera trató á Samuel, elegido para continuar en el Pueblo las grandes empresas de los Jue­ces, y Salvadores. (23) No de otra fuerte trató al Baúntista, embiado al mundo para prevenir los caminos al Redentor. (24) Acomodandose pues el Señor á efta practica tan frecuente, y tan antigua, previno á nuestro Santo desde su niñez con soberanos carísmas, para ser herede­ro digno del espiritu de San Francisco, y sobre quien el Serafico Patriarca pudiefe confiadamen­te descargár todos los intereses, y adelantamien­tos de su numerosa Familia.

§. II.

Como la Religion Serafica era el taller don­de debia formarse este hombre para la em­prefa grande, á que sin saberlo el le tenia de­tinado la providencia, tomó el Abito en ella, e hizo Solemne Profession. Aquí se dedicó al estu­dio.
dio, y practica de las virtudes, principalmente de las propias del Instituto, con una aplicación tan desvelada, que luego dexó de ser ejemplo a sus hermanos, para ser la admiración, el afombro, el pasmo. A la verdad entre tan generosas Aguilas no habia quien tuviesse animo, que digo para excederle en sus buelos? pero ni seguirlos. En breve le admiravan ya todos, Apostol en el Pulpito; Profeta en los sucesos venideros; en los mas obscuros lugares de la Escritura, Interprete iluminado; en los consejos, Oráculo; en la direccion, y discrecion de los espíritus Maestro; en la intrepidez, y valentia de corazón, un Moyses; en la autoridad sobre las nubes, y lluvias, un Elias; en la tolerancia en los oprobios, un Micheas; en las conversiones de pecadores, un Nathán; en el trato familiar con el Señor, un Eliseo; en las lagrimas por los pecados del Pueblo, un Jeremias: en una palabra, él era de todas las virtudes modelo, y de todas las gracias del Cielo fiel deposito. Por la Profession que hizo de la Serafica Regla se considerava obligado a beberle el espíritu a San Francisco, y copiar en sí las virtudes todas de su Santo Padre. Tenia presente aquella reprension, que dió Jesus Cristo a los peridos Hebreos, los quales glorandose de traer su descendencia de Abrahán, desmentian con sus obras el bello titulo de hijos suyos; (25) y por esto es, que hizo empeño nuestro Santo de hacer ver en sus procederes, que no desmerecia aquel titulo, de que tanto se lisonjeava, de ser hijo de San Francisco. Miró el Instituto Serafico con una adhesión tan constante, que jamás se le vió blandear en aquellos rigores, que conducen á su mas pura observancia. Addisto á las saludables maximas de su Santo Padre, se mirava siempre inseparable-
mente unido a él, por la práctica de las mismas costumbres, y por la impresión de los mismos afectos. El zelo de la salvación de las almas, en que tanto se abrasó el corazón de San Francisco, y que propuso a los seguidores de su Instituto como objeto de sus atenciones, (26) le hizo propio San Pedro de Alcantara, y dio de ello una incontrastable prueba en una Población de la Comarca de Xerèz, donde disolvió la sacrale alianza de una mujer con el Demonio, quien muchos años tenía con ella el más inmundo comercio. Disparóle a su corazón faetas tan penetrantes, hablóle palabras tan inflamadas, hizole promesas tan ciertas de la divina misericordia, y usó con ella de tan ingeniosas invectivas, que cediendo su obstinación a la eficacia de nuestro Santo, labó las obscuras manchas de sus pecados con el agua santa de la compunción. Portóse San Pedro de Alcantara en este lance como Alcon Cretense, quien disparó su faeta con tanta felicidad, que sin tocar levemente a su querido hijo, despedazó una serpiente que le rodeava su cuerpo: (27) ú como aquel Cretense, el cual quitando la vida a una espantosa fiera, libró de la muerte al Emperador Basilio: ú sino decimos, que San Pedro de Alcantara, Pastor encargado de las ovejas de Cristo, fue como David valiente, que sofocando al infernal Leon, le sacó de la boca la presa, que iva ya a tragarse. (28) Este celo de las Almas en que se abrasava, le obligaba, no sólo a convertir los pecadores, sino también a santificar los Justos. Fiel imitador de su Serafico Padre, se dedicó a cultivar los prados donde florecían los Lirios, y a trabajar en los jardines, que eran ya las delicias del Señor. Si Señores, que si San Francisco tuvo escuela de perfección, y
bajo su disciplina se instruyó Santa Clara en la práctica de las virtudes más sublimes; San Pedro de Alcántara fue el consultor en sus dudas, y el norte en sus obscuras caminos de la Sibila Española Santa Teresa de Jesús, la cual, como otra Escorialística de Benito, Paula de Geronimo, ó Lístenia de su sagrado Platón, aprendió de Alcántara los dogmas de la más religiosa, y moral Filosofía. Entre las maximas, que de Francisco recibió su fiel Dicípula Clara, fue una, desapropiarse de todos los temporales intereses, queriendo, que este despego fuese precepto para sus hijas, a las cuales quiso dejar tan solamente apoyadas en las manos de la Divina Providencia. Esta misma máxima de pobreza inspiró San Pedro de Alcántara a su hija de espíritu Santa Teresa de Jesús. (29) Persuadía-la a vaciar el corazón de todo amor a las posesiones terrenas, para que le llenase el sumo aprecio de las virtudes. Le infilaba en su ánimo un deseo ardiente de aligerarse del peso gravoso de las riquezas; ó para correr más libre por el camino del Cielo, ó para poder más expedita echarse a nado en el mar sin fuelo del Divino Amor. Más de qué podía hablar nuestro Santo, sino de aquello de que estaba lleno? La santa pobreza le informó desde el principio, la santa pobreza le confirmó en el medio de su vida, la santa pobreza le consumió en su muerte. Nació desnudo como todos, vivió desnudo como pocos, y murió desnudo como su Seráfico Padre San Francisco. El fue aquel Varón cuya virtud canoniza el Eclesiástico quando dice, que nunca fue en seguimiento del oro, ni puso su esperanza en los tesoros del mundo. (30) Esta pobreza en el grado heroico en que la representamos, era a quien nuestro Santo hacía sus con-

(29) Chronic. de Alcal. fol. 424. n. 965.

(30) Eccl. cap. 31.
Beatus vir ::
qui post aurit
non abiit, nec speravit in pecunia the-
fauris.
(31) Sabel. lib.8.
(32) Sabel. lib.8.

(33) S. Amb. lib.5.
in Luc. Ordine enim primum & parentem, generatioque virtutum.

(34) Opulc. S. Fracisci, lib. 3. col. 5. S. Lau rent. Just. de laud. paup. c. 3. Effirax exterminium iniquitatis.

Pauptatem, scitote fratres, specialmentiam esse salutis, tanquam humilitatis fundamentum perfectionis, radicem. Opulc. ubi supr.

consultas, y a cuyos dictámenes arreglaba sus proyectos. Ella la aduana de su alma, donde entrando a registro todos los generos, solo pasava- van libres los despreciables. Ella la tesorería dichosa, que guardava en deposito las riquezas inestimables de sus virtudes. Ella la margarita preciosa, a cuya posesion cedió todos los ha- veres de la tierra. Y ella finalmente la Esposa virgen, que obligada de la fidelidad a sus le- yes, coronó de gozo todos los dias de su vida. Ni Aristides, que considerava su mayor gozo en la pobreza, y se tenia con ella por mas fe- liz, que Callio Atheniensce con su abundancia; ni Epaminondas, que protestó no haver te- nido jamás mayor placer, que quando se vió morir mendigo: (32) pudieron comparar su con- tentamiento con el que recibia nuestro Santo cada vez que se mirava en la suma penuria a que reducia el voluntario desprendimiento de todos los intereses de la tierra.

§. III.

A Ora pues, si esta pobreza es la fecunda madre de todas las virtudes, como la in- tituló San Ambrosio, (33) parece que ya no te- nia mas a que aspirar nuestro Santo, y aun po- dia gloriarfe tener con esta pobreza, la semilla de todas las virtudes, el estímulo para todas las empressas, y la exterminadora de todos los de- fectos. (34) Pero como el orden de la divina providencia, era, que San Pedro de Alcantara, como su Serafico Padre San Francisco, fuese hermosa vid, fecunda con tantos racimos como seguidores fervorosos de su instituto; disfuso, que los inutiles, y silvestres farmientos de los bienes terrenos, los cortase el hierro agudo de la pe-
nitencia. Mas qué penitencia? Qué penitencia? Yo tengo para mí, que él sujeto su cuerpo a mayores rigores, que aquellos a que la fierza de Domiciano, Mecencio, Phalaris, ó Neron pudieran destinar a un hombre, a quien no quisiesen acabar con muerte breve. Sus penitencias por tan espantosas, y crueles bastarían para coronar a muchos Mártires, si tuviesen la precisa condición de haber sido impuestas por los Tiranos, en odio de las virtudes, ó de la Religión. Porque quien duda, oyentes, que pudiera naturalmente haber muerto nuestro Santo, u oprimido de las cadenas con que aprisionaba su cuerpo, ó extenuado del ayuno tan prolijo como su vida, ó consumido de los horrores de la carcel estrecha de su Celda, y así ser Martir, como lo fue a esta costa la esclarecida Virgen Leocadia? Las contusiones violentas de sus carnes, causadas de los hierros, pudieran muy bien acabar muchas veces con su vida, y coronarle con laureolas semejantes a las de Trifon, y Respicio, mercadas a este precio. Si por alguna de tantas puertas como llagas abrieron en su cuerpo los azotes, hubiera tenido la dicha de salir su feliz Alma, pudiera ser Martir con lo mismo con que lo fueron Severo, y Severiano. Y ya que tan duros tormentos le perdonasen, no quedavan aquellos estanques elados donde fue visto romper los yelos para sumergirse en lo profundo? Si aquí exhalara el ultimo aliento de su vida, no era preciso añadir una corona a aquellas quarenta, destinadas para ceñir esplendidamente las sienes de los quarenta Martires ilustres, condenados por Licino a morir en una laguna elada? Y no obstante de ser tan espantosas sus penitencias, yo no me maravillo tanto de que hubiese valor en nuestro Santo para empre-
(35) Chronic. de  
Alc. n. 950.

prenderlas, quánto de que con ánimo constante, y con tolerancia invicta las practicará sin aflojar un punto por el espacio de 47 años continuos. (35) Esto es lo que a mí me llena de un sagrado horror, y á su vista reputo por menos digno de admiración el sufrimiento, aun de aquellos Martires mas señalados en la Iglesia. Sabemos, que á la naturaleza le es tan sensible el dolor, como su duración, y quizás la oprime aun mas la prolongación del dolor, que el dolor mismo. Y por esto es, que habiendo sido puesta á prueba la fe de algunos Christianos en la primitiva Iglesia, salió vencedora de durísimos tormentos, y quedó vencida de otros mas ligeros, pero mas durables. Esto supuesto, representándome á un Isaias asferrado por medio de su cuerpo; á un Policarpo consumido de las llamas; á un Ignacio hecho menudos trozos de los Leones; á un Andronico con clavos hechos asquas por entre las uñas, y la carne; á un Erina desquartizado de los Cavallos; á un Basso desgarrado de arriba a baxo con los garfios; á un Cassiano despedazado á la violencia de agudas plumas por una quadrilla de muchachos. Pensáis con esto haver propuesto unos objetos capaces de obscurecerme la memoria, ó suspendere la admiración de la penitencia asombrosa de nuestro Alcantara? Os engañais. Yo insisto, en que no son todos estos espectáculos mas dignos de nuestra ternura, ó de nuestra alabanza, que las asperezas, y rigores de nuestro Pedro. Fueron todos ellos dolores agudos, tormentos crueles, heridas profundas, roturas violentas, destrozos fangrientos; pero fueron breves, fueron pasageros. Exercitaron la paciencia del Martir pocas horas, ó cuando mucho algunos días. Y si algunos sufrieron constantemen-
te algún tiempo considerable, se celebra como prodigio, en un Gregorio de Armenia, que por catorce años experimentó quanto supo idear la tiranía; y en un Clemente de Ancira, que veinte y ocho años fue el blanco a donde dirigió sus faetas el más barbáro odio. A estos tormentos de los Mártires aludía el Apóstol; sino es que expresamente hablaba de ellos en su segunda Epístola a los de Corinto, llamándolos momentaneos, y leves; y quizá leves, porque momentaneos. (36) Aora pues juzgad, si deban mas bien llenarnos de admiración, o más propiamente cubrirnos de confusión vergonzosa (considerada nuestra tibieza) los dolores de San Pedro de Alcantara, que los de los Mártires, pues no siendo inferiores a los de éstos en la sensibilidad a la naturaleza, les llevan conocidas ventajas en la duración. O Angeles del Cielo! Ministros prontos a cumplir los ordenes, que recibís del Altísimo, dexad por un momento el Trono de las Estrellas. Bolad a nosotros, y fereis poseídos de una ternura compasiva, a vista de un justo tan santamente prodigo de su vida, que a falta de Tiranos, que le despojen de ella, substituye otros tantos Verdugos, como asperidades, y rigores capaces de matarle. Traed coronas para ceñir las sienes de un Mártir de sí mismo. Prevenid copas de oro para recibir esta sangre, que no es menos estimable por derramarla el amor, que si la hiciera correr la tiranía; ni vale menos por ser su esfusión efecto de un odio santo, que si lo fuera de un aborrecimiento detestable. Estad prontos para tomar en vuestras manos el triunfante espíritu de Pedro, que después de quarenta y siete años de continuado martirio, no puede menos de dexas en breve los mortales despojos de la
carne. En efecto, Señores, por quarenta y siete años continuos perseveró nuestro Santo resolviéndose siempre en lluvias de sangre las nubes de los azotes, y los cilicios; y si no recibió como su padre las llagas en los pies, manos, y costado, sería quizás, porque en su cuerpo, como en el de Job, no quedava ya lugar libre de heridas. (37) Fiel imitador de San Francisco añadió rigores sobre los rigores de su Padre. Como el Serafico Patriarca ayunó sus siete quasi-leucropelmas con inimitable aspereza; pero él continuó sus ayunos por 47 años continuos, pasando en el más ligero alimento muchos días; y por tres años fue su ordinario manjar, un solo pedazo de pan escogido de propósito el más duro, bien que algunas veces le comía blando, pero era por las abundantes lagrimas con que le bañava. Como el Serafico Patriarca rociaba con cenizas el pobre alimento que admitía; pero él añadía agenjos, y acibar a las desabridas yerbas, cuyo regalo reservava para las Pasquas, y grandes festividades. Si vosotros hacéis memoria, que Pedro meditó dar leyes para hacer permanente la Reforma de la Religión de San Francisco, no extrañaréis tan rigido ayuno, después de haberle oído decir a San Basilio, que el ayuno levanta el espíritu, dicta los buenos consejos, y llena de prudencia a los Legisladores. (38) Ni era la abstinencia sola en la que Pedro quiso ser reconocido como heredero de su Padre. Aquellos golpes de disciplinas, que bastaron para llegar a infundir horror en las mismas penas de Alberna, fueron prevención a la soledad profunda del Pedroso, para que no concibiese susto del estruendo de los grillos, y cadenas con que oiría despedazarse nuestro Alcantara. La tierra aspera, hollada de los pies desnudos de San Francisco,
debía entender, que ni sus espinas, ni sus abrojos la librarian de las inocentes plantas de Pedro, quien caminaría sobre ella a pesar de las sangrientas heridas con que sería lastimado. El Sol, que desde el Cielo hizo penosos sobre la tierra los vijes del Seráfico Padre San Francisco, debió enfayar para caer después a plomo sobre la cabeza de nuestro Santo, que llevándola siempre descubierta, (para mostrar, como él decía, su reconocimiento a la presencia de Dios en todas partes) era vivamente abrasada de los encendidos ardores en el día: y si de noche por ventura se hallava en el campo, o ya fuese saliendo de propósito ambicioso de tormentos, llegava a quajar el agua, y la nieve sobre ella, de tal manera, que para arrancarle el yelo por las mananas, era preciso sacarlo de raiz el cabello del cerquillo. Los cilicios, los rallos, y las cadenas tan familiares a San Francisco, eran quienes pretendiendo mayor intimidad con nuestro Santo, se introducian en su carne, y llegavan a herirle hasta los huesos. Y para que los ojos, y la lengua no se gloriasen haber eximido entre los otros miembros, de las penurias a que un santo odio los fugitava, propuso como Job, (39) pero cumplió sobre su exemplo, no solo en abstenerse de fixar los ojos en personas de sexo diferente, pero ni de los mismos Religiosos. Como si huviera aprendido de David el temor a las palabras impertinentes, y vanas, decia al Señor con el Profeta: (40) Poned Señor a mi boca una zelosa guardia, y una puerta de circunstancia a mis labios, para que mi corazon no se derrame en palabras maliciosas. Parecia haber estudiado esta virtud bajo la disciplina de Agaton, pues usando de semejante cautela, llevó por tres años continuos unas pie-
drezuelas en la boca. Tantas austeridades, y rigores padecidos sin tibieza por tantos años, vinieron a hacerle parecer un cadáver con movimiento. La suma debilidad, y flaqueza a que le redujeron sus penitencias, le mostraron semijante a las raíces de los árboles; de tal manera, que si nuestro Santo hubiera algun tiempo vivido con los regalos, y las abundancias, entregado a las conveniencias, y lisongeros placeres, parecería después tan extraordinaria la mudanza de su semblante, como pareció la de Alcibiades, el cual habiendo perdido con el tiempo la natural belleza de su rostro, obligó a quantos le conocieron a que dijesen admirados, que: Alcibiades in Alcibiade querebatur: tan debiles eran los vestigios, que reconocían en el de la hermosura antigua. Yo, quando de espacio me pongo a considerar el tratamiento, que Pedro hizo a su cuerpo, me persuado, que el hubiera acabado muchas veces con su vida, a no acudir Dios a suavizar sus aflerezas con los favores del Cielo, y a llenar de dulzuras todos sus trabajos.

§. IV.

Si Señores, tan copiosa fue la lluvia de las Divinas misericordias sobre nuestro Pedro, como lo era la de las amargas aguas de los dolores derramadas del caliz de su espantosa penitencia; y por esto es, que nuestro Santo pudo decir como David: Según la multitud de los dolores, que se unieron en mi corazón, fue la abundancia de las consolaciones Divinas, que hicieron rebozar de gozo todo mi espíritu. Parecía nuestro Santo un Moisés sobre el monte rodeado todo de los horrores, y compadecido de los que miravan arder la eminencia, y
comoverse los peñascos, mientras él con su Dios
se gozaba en una agradable serenidad. (44) No
dudo habréis muchas veces leído lo que del
monte Gata escribe Juan Botero, y con el gran
numero de Geógrafos, y es, que en el mes de
Abril, en que el Sol brilla más ardiente en
aquella Región, se observan ázia la parte occi-
dental lluvias de granizos, inundaciones de nie-
ve, tempestades ruidosas, relámpagos funestos,
rayos, truenos, y las inclemencias todas de un
crudísimo invierno. Al mismo tiempo por el
otro lado del monte ázia el oriente, se sien-
te un aire suave, un clima templado, una es-
tación deleitable; el Cielo se mira risueño, y
se ve una apacible calma dentro el golfo de Ben-
gala, el cual con sus lisongeras hondas lame al
monte Gata sus faldas. Qualquiera que se pone
sobre la cima del monte, ve á sus dos lados
contrarísimos efectos. A una parte secos los ar-
boles por las eladas escarchas; á otra adorna-
dos de flores, frutos de una deliciosa primave-
ra. De este lado mira desgajadas las ramas de
las encinas por los furiosos aquilones; del otro
oye á las hojas de los arboles, que forman su
dulce susurro al soplo de un apacible vientre-
illo. Aquí albergue de habitadores curtidos del
frio, allí amena prados para alegres paseos. Si
vosotros os halláis sobre este monte, diríais, y
diríais bien, ser él un vivo retrato de lo que
admirá el Cielo, y la tierra en nuestro Pedro
de Alcantara. Veíanse en él por defuera efectos
de un delinquente viador; por dentro gozaba
su dichosa alma los gages de bienaventurada
sobre la tierra. Mostrava en el exterior agitacio-
nes penosas; ocultava en su interior provecho-
sa serenidad. A los ojos de carne, se represen-
taba un hombre lleno de amarguras; á los del
es-
espíritu, se dexava ver nadando entre delicias. Quien le juzgaria por la exterior apariencia, le reputaria teatro de los horrores; quien hiciera juicio de él por las comunicaciones del Cielo, le embidiaria como fugerio donde se alberga el gozo, y el deleite. Yo quando considero los de- tacostumbrados favores con que le honró el Cie- lo, me persuado, que olvidando la naturaleza las antiguas ofenas de Adán, usa con nuestro Santo, á expensas de la Divina Omnipotencia, las mismas atenciones, que con los Bienaventura- dos en la Gloria. Y aun imagino poder decir francamente de nuestro Alcantara, lo que el Chri- sologo dixo del grande amigo de Dios Moy- sès: Ad triumphos suos militare sibi mandat ele- menta: jubet durari undas: Calum pluere, dat frumenta: scribit vitae normam, fixit terminos dis- ciplina. (45) Para celebrar los triunfos de nuel- tro Santo, quiso Dios, que todos los elementos debiesen contribuir. Las aguas le forman sólido camino á este nuevo Legislador fugitivo del Egipto corrompido del mundo, que llevando en su corazón la Arca santísima, conduce con una multitud de fieles a sacrificarse á Dios en los de- siertos. Y como el Espíritu de Dios, es quien pos- seyendole le anima, se mira aquí renovado aquello del Genésis, que: Spiritus Domini fer- batur super aquas. (46) El Cielo à sus ruegos em- bía las lluvias oportunas. Ordena á la nieve, que atenta, y cortés con nuestro Santo, le for- me sobre su cabeza un hermoso pavellón, y con milagro inaudito le sirva la nieve de defenfa contra la misma nieve. Entra Pedro en la Ciudad de Avila para hacer visible por orden de Dios, á beneficio del mundo, el sagrado fuego, que ar- dia en el corazón enamorado de Santa Teresa de Jesús. Considerase el Cielo obligado á hon-
rar la comisión. Toma á tu cuenta celebrar tu
arribo á la Ciudad con magníficas luminarias.
Forma un fenómeno maravilloso, cuyas luces
obscureciendo las del Sol, previenen los enten-
dimientos tenebrosos para que honren el merito
del huésped, y den la estimacion, que se mere-
cean las virtudes incomparables de Teresa. (47)
La tierra se muestra á sus ordenes sumisís, aora
llenando las campiñas de doradas espigas, aora
transformando repentinamente su baculo en una
pomposa higuera. La noche dexa el manto ne-
gro de sus tinieblas, y viste esplendida gala pa-
ra acompañarle. Los vientos deponen su sober-
vía, y calman á su imperio quando mas obsti-
nados. Merecidas honras por cierto de este nue-
vo Moysés, destinado para escribir una nueva
norma, y señalar términos de disciplina al Pue-
blo Franciscano, que hace trabajosa vida en los
desiertos profundos de los claustros: *Scribit vitæ
normam, fixit terminos disciplina. Mas era poco
para un Santo de su carácter, que las criaturas
sublunares, y terrenas le mostrassen tanta sumis-
sión, si no consiguiese, que los mismos Angeles
le sirvieran en sus urgencias, y necesidades. Ni
penseis por esto, querer yo aqui celebrar á nue-
tro Santo entre todos los otros, como que ha
conseguido una tan singular honra sobre todos
ellos, de tener pronto á los Angeles para af-
sistirle en sus caminos, y ocupaciones sobre la
tierra. No apruebo tan frecuentes, como odio-
sas comparaciones; antes bien digo, que este es
e el oficio de los Angeles, cumplir con los Justos
las comisiones del Altísimo. Los Espíritus regios
del Empíreo, Consules de la Republica dichosa,
uso de la fraile de San Gregorio, (48) son desti-
nados para pedagogos de los hombres, si he de
decirlo con las mismas expresiones de San Ge-
descubro yo alguna singularidad en estas honras, que de los Angeles recibe. Sabido es, que Anás, Míael, y Azarias, Jovenes Hebreos, solamente una vez fueron assistidos visiblemente del Angel del Señor, cuando se hallan rodeados de las llamas, a que Nabucodonosor los había condenado. (50) Hicieron místicas agradables a un San Francisco de Assis en su enfermedad; a una Santa Genovefa en su nacimiento. Transportaron a un Habacuc al lago de Babilonia; a un Pedro primer Apostol, a Jerusalen desde Roma; a un Eufebio, a la fuente del Bautismo. Fueron Maestros de la Doctrina Christiana; a un Valeriano; y de los primeros rudimentos de las letras humanas, a una Verónica, y a un San Latino. Pero a nuestro Alcantara, quien podrá decir con quanta frecuencia, y en qué multitud de oficios no le sirvieron? Siente nuestro Santo la falta de provision para sus Compañeros; acuden los Angeles con suma celeridad, y le dan el gozo de repartir a sus hijos, como un nuevo Adán, pero inocente, blanquísimo panes, no amasados con los sudores de la frente, sino con las aguas del Paraíso. Sale de su Ermita de nuestra Señora de Belén, a media noche, para pasar al Convento a buscar luz para rezar los Maitines; y una multitud de Angeles previenen su diligencia. Aparecenle en forma de gallardos muchachos, como antiguamente se dexaron ver de Abrahan, (51) y de Jacob; (52) y llevando de ventaja antorchas encendidas en sus manos, le asistieron todo el tiempo, que duraron las Divinas alabanzas. Ha de pasar a Valladolid para consuelo del Venerable Texeda; le llevan los Angeles en sus manos, y le sirven de ligeríssima litera. Resuelve por orden del
Cielo hacer a Avila su viaje; los Ángeles le transportan por los ayres. Le llama desde Arenas un devoto suyo puesto en aflicción; corre allá pronto, pero los Ángeles costean el viaje. De manera, Señores, que hablando con los otros Justos, se les puede decir aquello de David: Mandó a sus Ángeles, que os sirvan de guía fiel en vuestros caminos; (53) pero hablando con nuestro Santo, se le puede añadir, entendiendo el lugar del Psalmo en toda su extensión: En sus manos te llevarán; para que en los caminos no recibas ofensa de las piedras. (54) Ni para recibir Alcántara femejantes obsequios de los Ministros del Señor, le fue necesario como a Tobías el viejo, tener los ojos cerrados para poder mirar la luz; o como a Lot ver ya encendidas las nubes para descargar diluvios de fuego sobre Pentapolis; (55) o como a San Eleuterio gemir en una obscura prisión; o como a Bertarido huir la espada de Grimoaldo; (56) o finalmente como al noble Falcó mirarse ya en la vigilia de dar su cuello al cuchillo. (57) Tan extremas urgencias padecidas por estos Justos, parece obligavan a los Ángeles a ofrecerles aquellos socorros, que en efecto recibieron de su mano; mas para servir a nuestro Pedro, no era necesario, que los moviesse siempre la necesidad en que le miravan algunas veces; bastava solo querer conciliar en los hombres respeto a su persona, o aliviarle de ligerísimos trabajos. Así fueron vistos los santos Ángeles entrar en brazos a nuestro Santo en la Iglesia de Placencia, de Padres Dominicos, y con soberana dignación limpiarle el polvo, y el sudor. Pero yo no extraño, Señores, que los Ángeles usasen con nuestro Santo atenciones tan humildes, y sumissas. Se, que los Cortesanos de la tierra tienen puestos los ojos
en sus Principes para observar sus inclinaciones, y movimientos, y dar testimonio de su aprobación. Por esto es, que en las Cortes de los Soberanos del mundo, aquellos se miran más atendidos de los Grandes, que han merecido declaraciones más públicas de la gracia del Monarca. Y si esto es así, cómo podían menos los Angeles de concebir sentimientos grandes de ternura, y observio azia nuestro Pedro, a quien miravan hecho el sugeto de todas las caricias de Dios? Quién lo creyera? Jesu Christo, en forma de un mancebo gallardo, se sienta en un combite al lado de nuestro Santo. Jesu Christo, ante quien asistien con temblor, y doblan reverentes su rodilla los Principados, (58) le trincha la comida, le pone los bocados en la boca, le lleva la bebida hasta los labios, y se los limpia después con una candídissima toalla. Os confieso, que cuando leí la primera vez este caso, obró en mí tanta comoción esta maravilla, que como extrato por la grandez de del prodigio me encogí de hombros; y arqueando las cejas como un hombre sorprendido de repente de una inaudita novedad, no sabía sacar a los labios las magníficas ideas de alabanza, que tenía concebidas mi corazon. Contava una por una todas las muestras de amor, y confianza dadas por el Señor a Abrahan, Isac, y Jacob sus fieers fieles. Ponderava las aventuras de Moyses, de Gedeon, y de Samuel. Rebolvía los sucesos del Jordan, de Jericó, y y del Carmelo. Hacia combinaciones de la dicha de estos escogidos, con la de nuestro Heroe; y reconociendo a esta superior a todas las otras, aunque tan grandes, prorrumpieron mis labios como de concierto con el corazon en aquellas palabras del Chriofitomo, que fueron las primeras, que me subministró el espiritu de admira-
ción, y gozo que me posesía: Quó te perfractabit Christe tuorum amor? Hasta dónde te lleva Señor el amor de tus escogidos? A quién huviere venido al pensamiento, que podía haver meritó en un hombre de tierra para arrebatar desde el Cielo al mismo Dios, que le sirviesfes; o que el amor a tus criaturas, obligase a Dios a descender alguna vez desde la Gloria, a ufar con ellas oficios de servidumbre? Qué reservais para hacer, Señor, con los Bienaventurados en la patria, donde se sientan a la esplendida mesa de tu Gloria, si así os portais con Pedro en el destierro del mundo? Ya conozco yo, Señor, y vosotroa, Señores, podeis entenderlo, de donde procedía aquel amor ardentísimo, que apoderándose de nuestro Santo, le llevaba siempre transportado. El reconocimiento a tan señalados favores, le hacía concebir unos sentimientos tan enamorados, que arrebatándole con suma violencia de la tierra, le mantenía muchos días por los ayres, con el pan solo de vida, y entendimiento, y con el agua de una saludable sabiduría. (59) La fuerza de este amor, le transporta desde el jardín al Sagrario, donde abortó en la contemplación de aquel divino Trifagio, le recrea aquel Padre, que siempre engendra, por mas que siempre sea Padre de una sola prole; le consuela aquel Hijo, que siempre es palabra, por mas que nunca salga de la boca; le abraza aquella llama, que siempre vive, aunque siempre sea espirada. Este amor divino le eleva a vista de una Cruz plantada en el huerto de su Convento. Ella le baña de resplandores. El se une a ella, ya que no con cscarices de sangre como su Padre, con clavos de oro por la candida belleza de sus luces. Después hace, que aparezca consumirse en vivos incien

dios

Eccl. c. 15.
V. 3. Cibavit illum pane vita, & intelligie tus, & aquare sapientia salutaris potavit illum.
dios aquella parte del monte donde Pedro elige pasar la noche con su Compañero, para que le vea, que no es sola la cima del monte Álverna, la privilegiada con llamas celestiales. (60) Tan abordó se llevaba el amor divino, que imitador de su Seráfico Padre, especialmente en los dos años, que sobrevivió a la impresión de sus Llagas, estaba tan frecuentemente enagenado de todo lo terreno, y arrebatado de la fuerza del espíritu, que era menester hacerse fuerza, para que quedase su mente desembarazada, y libre al preciso trato con los hombres. Toda su conversación, como la del Apostol, se reducia a amorosísimos coloquios con su Dios; (61) y anhelando, o como ciervo sediento a las fuentes de las aguas, o (62) como Esposa al talamo nubcial, suspiraba por los eternos abrazos de su Esposo, de quien solo le dividía la débil pared de la mortalidad. Padecía deliquios dulcísísimos de amor, que le hubieran disuelto el espíritu, y rompido las ataduras de la carne, a no substituir por las flores, y manzanas, que pedía la Esposa de los Cantos, (63) para repararse de un accidente femejante, las promesas con que el Señor le aseguraba su posesión, y los saltós suavísimos, que le hacían dulces, y estimables las heridas profundas del amor. Cuando sentía acrecentarse en su corazón este sagrado fuego, era tanto el ardor en que se abrazaba, que saliendo al monte, aplicaba a su pecho desnudo las frias piedras para templar el incendio. Abráza- vase apretadamente con los peñascos, y así perseverava tan largo tiempo, que miradas por una parte las delicias del Paraíso, a que se veía ya cercano; y por otra la importancia de su aplicación a la solidad de la nueva Reforma de la Orden, tan procurada de su zelo: estoy para de-
decir, que Pedro se asía de las peñas para re-
ístirse por entonces al rapto de los Cielos; se-
mejante en cierta manera a Ulises, el cual se
mandava atar apretadamente a las entenas de la
Nave, para no ser arrebatado del canto de las
Sirenas.

§. V.

Un hombre de este carácter era, Señores
mios, no solo conveniente, sino necesita-
to para substituir a San Francisco en sus gran-
des ideas. Para hacer permanente contra cual-
quiera oposición la nueva obra de la Reforma,
a que se había dado feliz principio, era preci-
sa la aplicación de un sujeto, en quien concur-
riesen constancia invicta a prueba de todos los
trabajos, zelo de la mayor pureza de la Regla,
autoridad para con los Grandes de la tierra,
merito sublime para con Dios. Y ved aquí, que
todas estas calidades se miraron unidas con ven-
tajas a cualquiera otro, en nuestro Heroe Re-
novador San Pedro de Alcántara. (*) El trabajó
con zelo infatigable en restablecer las prácticas
antiguas de San Francisco. Consideravase Hijo su-
yo por la profesión de su Instituto; y sintiendo-
se llamado a sucederle en las empresas delica-
das de hacer volver aquellos días dichosos, pa-
ra satisfacer a los deberes de heredero de San
Francisco, se dedicó con exemplar aplicación a
hacer cumplir la voluntad de su Padre. Y lo con-
fugió tan a satisfacción de su deseo, que tuvo
gozo de mirar en su Reforma, semejantes pro-
gresos a los que admiró en su tiempo San Fran-
cisco. De manera fue esto, Señores, que si San
Pablo considerando su fidelidad, su zelo, y las
fatigas con que desempeñó las funciones de Apol-
tol,

(*)

Auxeram ni-
mis vitam de-
cens, apostoli-
cum S. Fran-
cisci spiritum
renovavit. Ec
cles. Offic. S.
Petr. 1. lect.
2. Noct. 2. die
infr. oct.
tol, tuvo animo para decir de sí mismo; que no imaginava tenía que ceder a los demás Apóstoles en la exactitud con que se portó en su ministerio: *Nihil existimo me minus fecisse a magnis Apostolis*. (64) San Pedro de Alcantara comparándose con los demás Patriarcas ilustres de las Religiones, tiene derecho para decir como el Apóstol: *Nihil existimo me minus fecisse a magnis Patriarchis*: Nada menos pienso haber hecho en la Religión de San Francisco, que los demás Patriarcas respectivamente en las suyas. Y si San Pablo con no haber sido del numero de los doce Apóstoles, es no obstante reconocido como uno de ellos, con los cuales se confunde en los honores, que la Iglesia le tiene decretados; también Alcantara, aunque no entre en el numero de los Patriarcas Instituidores de sus ilustres Ordenes, es mirado sin embargo con las mismas atenciones, como lo tiene prácticamente decidido nuestro Santísimo, y Sapientísimo Pontifice Benedicto XIV. (a quien Dios prospera) en la acación de colocar la Imagen de nuestro Santo en el Vaticano, entre las otras Imágenes de los Patriarcas. Honra magnífica, hecha a nuestro Pedro, á solicitud, y desvelos de otro Pedro, (65) cuya modestía temo ofender; pero honra debida ciertamente á un Santo tan singular, cuyas obras admirables dan no debil motivo para que se diga de él, lo que el Chrístomo dixo del Bautista, esto es: que nació para ser Hijo, y juntamente Padre; Hijo por la naturaleza, y Padre por el decoro, y honor, que dió a toda su Familia. (65) Mas no imagineis vosotros, fue Padre por haver sido Fundador de una Religion nueva, sino por haver sido Renovador de una Religion antigua. Pero creereis desmerece acaso por esto las honras de que
que huviera sido digno, si diera una Regla moderna, cuyos preceptos indujesen grave obligación? Traed á la memoria aquel Esdras tan famoso de la ley escrita; vereis, que él no añadió preceptos á las Tablas recibidas, y promulgadas por Moysés. No obstante, porque después de la vuelta de la cautividad, se vió aplicado á trasladar, al corazón del Pueblo, los sentimientos de Religion, de que estaba penetrado, exhortándolos por quantos medios le sugería su zelo á las antiguas observancias, fue respetado con las mismas atenciones, que los Patriarcas antiguos; y aun quizá vió al Pueblo mas sumiso á sus órdenes, que lo había estado á las de su Legislador Moysés. (66) Mirad á Nehemías, que levantando los muros de Jerusalén, mereció de la Nación Santa una gloria, que por ventura no la recibieron mayor los primeros fundadores de la bella Ciudad. (67) Creyeron ellos, que rodeándola de muros fuertes, y haciendo-la invencible á los asaltos, y sorpresas de las Naciones, la establecía como de nuevo. Aora á nuestro propósito. Yo inculco otra vez, que S. Pedro de Alcantara, como Esdras, no añadió preceptos á las antiguas ordenanzas: procuró solo, el que reviviesen las antiguas, y fuesen el cumplimiento, y la exactitud según el grande espíritu de San Francisco. No instituyó la Religion de los Menores, como ni Nehemías abrió las primeras zanjas para la fundación de Jerusalén; no obstante, dando leyes, y dictando estatutos para la guarda mas inviolable de los preceptos escritos por San Francisco, levantó muros, y cavó vallas, para denter á cubierto la Serafica Regla, contra las transgresiones mayores de los preceptos. Y si Eliseo, porque le miraron continuar la obra de su Maestro, apli-
cado todo a destruir los becerros de Jeroboam; exterminar las prevaricaciones del Pueblo, y vivir entre los mismos trabajosos exercicios, fue reconocido como una imagen de Elías, y un heredero de su espíritu: quien de vosotros se escafará de adorar en San Pedro de Alcantara un hijo fiel, y heredero legítimo, sobre quien fue a descansar el espíritu de San Francisco de Asís? La Iglesia: Murió San Francisco, y para el efecto de que no descaeciese su grande obra, no se echó menos su asistencia personal, pues substituyó en su lugar un semejante á sí, á quien dexó encomendada la defensa de su Casa, y le confió los intereses de su Familia. (68) De aquí diría yo, (y ved, qué cosa tan gloriosa para nuestro Santo,) que él era la mano con que San Francisco obrava, y la lengua misma con que exhortaba á sus hijos, después de mas de tres siglos, que tenia en el sepulcro su reposo. Esperad á juzgarme después de oírme. Pronunciando contra Euthiques, León Primero, sentencias muy conformes á los sentimientos del Príncipe de los Apóstoles San Pedro, obligó á que dixeran los Padres del Concilio General Chalcedonense, que: Petrus per Leonem locutus est: Verdaderamente, que Pedro ha hablado por boca de Leon. Aora pues, si los Padres creyeron deber dar á Leon semejante elogio, como que él fuese la lengua de San Pedro; ved, vosotros, si quando miro yo á nuestro Pedro ordenar estatutos para la puntual practica del Instituto Seráfico, puedo decir con verdad, que: Franciscus per Petrum locutus est: Pedro es la boca por quien habla San Francisco. Si Señores, yo no me detengo en decir, (toda vez, que oigo á Pedro pronunciar dictámenes, que favorecen la intención, y deseos de San Francisco) que: Franciscus per Petrum locutus est:
Etcus per Petrum locutus est. Que Pedro instruye en el modo de guardar la Regla Serafica en su mayor pureza? pues: Franciscus per Petrum locutus est. Que Pedro dicta Constituciones, a fin de apartar de sus Hijos todo aquello, que pueda retraerlos de la observancia de los preceptos? pues: Franciscus per Petrum locutus est. Pedro anima la flaqueza de sus seguidores, para entrar en los caminos de la penitencia mas aspera, y de la mas rigida pobreza? pues: Franciscus per Petrum locutus est. Pedro los exhorta a renunciar todas las costumbres del antiguo Adam, y adquirir por la imitación las del nuevo, nuestro Redentor adorable? pues: Franciscus per Petrum locutus est.

Quedo dicho? Que: Franciscus per Petrum locutus est? Esto es poco. Digamos en gloria de nuestro Santo, sin temor de exceder en su alabanza, que: Franciscus per Franciscum locutus est: El antiguo Francisco, habla por boca del moderno. Este honor, Señores, tiene derecho de recibirle nuestro Santo, mientras no se le niegue la autoridad a San Maximo, quien dice, que: Reple consortium meretur nominis, qui consortium meretur & operis. (70) Y así, si como hemos visto bastantemente, son tan indistintas las empresas de nuestro Santo, de las del Serafico Patriarca, se le haria agravio a nuestro Heroe, si no se llamase con el nombre de Francisco en adelante, como hasta aora ha sido llamado con el de Pedro.

§. VI.

Pero es necesario advertir aquí, que este nuevo San Francisco, imitador del zelo, y aplicaciones del antiguo, ha cogido en la Observancia mas estrecha, semejantes frutos a aquellos, que
que rindió al primer Francisco la tierra bendita de la Observancia Regular. Este Arbol fecundo de la Reforma; ó mas propiamente, esta Rama inseparablemente unida al Arbol grande de la Religion Serafica, ha producido frutos en tanta abundancia, y de gusto tan delicado, que han sido el gozo, y admiracion de los fieles. Hable enhorabuena la Santa Iglesia, y diga si en igual tiempo como poco mas de dos siglos, que han corrido desde la institucion de esta Reforma, le han dado mas frutos otras Religiones enteras, que esta sola parte de la Religion de San Francisco? A nueve por lo menos ha hecho lugar sobre sus Aras, y les ha decretado publicos honores, canonizando sus virtudes, ó declarando su verdadero Martirio. Tan abundante ha sido esta mies dichosa en los campos de la Descalcez, que sola una Provincia (no digo que es la de San Juan Bautista, por no promover zelos en las otras Descalzas) presentó al Capitulo General celebrado en Roma año 1723. treinta y dos causas de Siervos de Dios, todos los cuales florecieron en el tiempo breve de veinte y tres años. (71) Y no es por esto solo por lo que la Iglesia ha colmado de favores á esta Reforma, y le ha dado magnificos, pero justos elogios. Es, porque reconoce deber á ella tan famosas conquistas en el nuevo mundo. En Palos de Moguer fue, donde conferió Cristoñal Colón sus demarcaciones, y proyectos con Fr. Juan Perez de Marchena, Cosmografo insigne de su tiempo, el qual tratando de concierto con Colón, ó por mejor decir, apoyando con solidas razones la plantificacion de la idea soberana de Colón, hizo sentir á la Catolica Reyna (que le creia como á Oráculo, y le venerava como á su Confessor) en que se le equipassen naves para la dificil
pero provechosa navegacion. (72) Este influxo tuvo la Observancia Regular de San Francisco en la conquista temporal de aquellos vastos Imperios; pero la Observancia mas estrecha, es la que ha tenido parte tan increíble en la espiritual conquista de estos mismos dominios, que con no debil fundamento puede aplicarse a nuestro Santo aquello de Isaias, cuando representó al Eterno Padre hablando de su Hijo, según entienden los Padres este lugar. (73) Si señores, San Francisco puede decir mostrando a nuestro Santo: Veis aí mi Hijo amado, sobre quien tengo mis complacencias, en quien mi espíritu descansa, y cuyo Instituto esperan para su provecho las Islas mas incultas, y remotas. En efecto, allá pasaron los Hijos de esta Reforma, y hicieron frutos tan ventajosos, que no puede menos la Iglesia de reconocerlos como prodigios. En Goa fue, donde ocupó la primera vez su Silla Episcopal, el Venerable Padre Fr. Juan de Alburquerque, Descalzo de la Provincia de la Piedad; (74) el cual dio su bendición, y hizo todos los buenos oficios, que le inspirava su zelo, al Apostolico San Francisco Xavier, contribuyendo por este medio con el Santo, a sus conversiones sin número. Los zelosos Obreros, Alfaro, Pizarro, Tor- desillas, y Baeza, Descalzos de Filipinas, fueron quienes abrieron la gran puerta de la China, cerrada hasta entonces al Evangelio. (75) Ellos introdujeron las primeras luces en aquel lugar de tinieblas, y por si, y los otros en quienes prendió el Sagrado fuego, que ardio en el corazón de nuestro Santo, hicieron tantos adoradores del Dios verdadero, que los hizo dignos su trabajo de substituir en el nombre a los Apóstoles. El V.Fr.Martin de Valencia, Descalzo de la Provincia de S.Gabriel, Vicario, y Legado Apol...
tolico, por Adriano VI. fue destacado con doce Compañeros para hacer conquistas espiritual en el nuevo mundo. Este fue el nuevo Apóstolado señalado de Dios para plantar la Fe en la Asia mayor. Ellos fueron las doce Columnas, que sirvieron de apoyo a aquella gran fabrica, y las doce puertas por donde entraron en la Militante, y después en la Triunfante Jerusalén, tan imponente multitud de nuevos hijos, engendrados en Jesucristo por el Evangelio. Diré cosas grandes, pero ciertas. En su carta de doce de Junio de 1531, fe fecha en Talmanalco, escrita al Reverendísimo Padre Comisario General de la Orden, Fr. Mathias Uveisen, dice el Santo Fray Martin de Valencia, haver bautizado con sus Compañeros mas de un millón de Indios. (76) Huvo entre ellos quien en un solo día bautizó de su mano quince mil; otro, en algunos días, quatrocientos mil; y no faltó quien escribiese hasta setecientos mil, convertidos, y bañados con la agua santa por uno solo. Contad ahora si alcanzan los guarismo, qual sería la muchedumbre de los convertidos en muchos años? El Capitán Pedro de Quirós, en un Memorial impresó, que presentó á la Magestad de Felipe Tercero, le dice, que de una Ciudad, y su comarca, fueron bautizados por nuestros Religiosos diez y seis millones de Indios; (77) y que solo en el Reyno de Mexico huvo uno, que bautizó siete millones. No os parece, Señores, que para coger frutos en tanta abundancia, y de tanto gusto, era preciso fueren los trabajadores infatigables, y que el vicio del estéril terreno lo suplirse el riego de la doctrina, y la aplicación? Podréis persuadiros, que no les estuviesen á costa inmenas fatigas, instruir en la Religion á tantos millones de Barbaros in-
dóciles, hacerles olvidar los perversos dogmas de sus padres, aborrecer sus costumbres antiguas, condenar el culto de sus Idolos, y abrazar una Religion tan repugnante a las inclinaciones de hombres corrompidos, y tan contraria a las libertades del Gentilismo? Pero yo quiero ahora, que dexado el Mexico, considereis otro espectáculo, por Ventura mas digno de vuestra admiracion, y de vuestra ternura. Mirad á San Pedro Bautista, Descalzo de la santa Provincia de San Joseph. Abandona el reposo de su Celda, dexa la dulce compañía de sus amigos, olvida para siempre los tiernos cariños de la Patria, y encomienda á una debil fueta la seguridad de su vida. Se engolfa en Occeanos formidables. Fia su fortuna á las navegaciones peligrosas, á las furias de los monstruos, á la crueldad de los piratas, á los torbellinos de los vientos, á las traiciones de las hondas; pero salvo por el brazo del Altísimo, que le sostenia, llega á Manila. Aqui dio tales pruebas de su virtud, de su zelo, y de su prudencia, que no dudo aquella Republica embiarle á Japon, en calidad de Embaxador del Rey Catolico, para tratar con el Emperador de los intereses pertenecientes al estado. Emprende nuestro Santo el nuevo viage. Vence dificultades, quita embarazos, atropella peligros con el animal siempre de servir al Rey, y á la Religion á un mismo tiempo. Sienta finalmente el pie en Japon, y con politica admirable a todos los siglos, hace al Emperador de parte de su Soverano proposiciones de paz, y acaba dichosamente su comision. Admire luego á la parte de su solicitud, y por Coadjutores de su Ministerio algunos Religiofos Descalzos, y unido con ellos en lazos de caridad, y de zelo, se dedica to
do a la ruina del Gentilismo, y a la propagación del Evangelio. En breve derramó sobre tantas cabezas la agua sacrosanta del Bautismo, que pudo fundar Iglesias, levantar Hospitales, erigir Conventos. Y hubiera enteramente arrancado hasta las raíces de la Idolatría, si rabioso el demonio por tantas perdidas no fugiriese al Emperador por medio de los Sacerdotes de los Idolos, que la nueva Religion era tan contraria a sus intereses, que le hacía balancear la Corona sobre su cabeza. Intimidad el Emperador con estos recelos, pronunció sentencia de muerte en una Cruz, contra el V. P. San Pedro Bautista, y sus Compañeros. Veríais por tanto el Escuadrón valerosísimo compuesto de seis Religiosos, quince Terceros, y dos que se les agregaron en la carcel, a todos los cuales iva capitaneando San Pedro Bautista. No camina con mayor gozo, ni la Esposa a su florido talamo, ni el triunfador a recibir los honores por sus vitórias, como nuestros Mártires se encaminaban a dar la vida sobre el patíbulo de afronta. Allí eran los parabienes recíprocos, las enhorabuenas festivas, los cánticos alegres, y las acciones de gracias al Señor por haverlos hecho dignos de padecer por su nombre. Parecía cada uno de ellos, no reo que va a perder la vida en el suplicio, sino Fenix, que se encamina a mudar allí los mortales despojos. Qué eran carceles! qué eran cadenas! qué eran escarnios! qué eran heridas, para contrastar la entereza de su Fé! Le cortaron a cada uno un pedazo de la oreja izquierda, según la costumbre del País, con los Japones condenados a muerte. Dadle a Dios, Señores, alabanzas magnificas por la maravilla, que obró su gracia en esta ocasión. Uno de los Martires, era un niño tierno llamado Tho-

más,
más, a quien San Pedro Bautista había instruido en la Fe, y tenía en el Convento para servir de Acolito en las Míllas, y en los Oficios. Este niño amable se abrasó tanto en el deseo del martirio, que mirando en el suelo el pedazo de oreja que le habían cortado, lo tomó en la mano, y encarandose con el Verdugo le dijo: Esto has cortado? Corta más mezquino, corta más, y hartate a tu placer de sangre de Cristianos.

(78) Ha Señores! no puedo decirlo sin lagrimas. Entremos dentro de nosotros, pelemos nuestra Fe, examinemos nuestros propósitos, sondemos nuestros ánimos; y si no nos sentimos con valor bastante para hacer otro tanto como hizo este niño: o! lloramos en este caso sobre nuestra tibiaz; lloramos sobre el abuso, que hemos hecho de tantas gracias; lloramos sobre la voluntaria perdida de tantos dones del Cielo; y nunca dexemos de llorar, hasta sentir en nosotros un fervor igual al del Santo Niño. Este triunfo de la Fe inspiró tanto animo en el corazón de aquella nueva Christianidad, que saliendo de la Ciudad la piadosa multitud de los convertidos, seguían los carros donde llevaban los benditos Mártires a Nangashaqui para crucificarlos. Era objeto digno de un gozo devoto, mirar una muchedumbre de hombres, y mugeres, niños, y grandes, clamar todos, que eran Cristianos, que querían morir con sus Padres, no omitiendo acto ninguno de Religion, con que podían irritar el odio de los tiranos. Faltaban Verdugos al crecido numero de dichos delinquentes; pues de sola la Ciudad de Meaco se ofrecieron prontos al martirio quatro mil. (79) Y si con lo dicho no quedais bastantemente satisfechos de cuanto han trabajado en el servicio de la Iglesia los hijos de esta Reforma, bolved los ojos a la Afri-
ca, y vereis en ella humeando aun la sangre preciosa del B. Juan de Prado, primer Provincial de la Santa Provincia de San Diego. Quantos trabajos, y penalidades no le costaria plantar de nuevo la Santa Iglesia en aquella tierra, donde ni vestigios quedavan de la verdadera Religion? Le condenan à carceles, le muelen con palos, le despedazan con azotes, y muere finalmente sobre una hoguera, donde no se si le abrasan mas las llamas, que avivó el Tirano, o las que encendió en su pecho el amor divino. Y como la sangre de los Martires es, como decia Tertuliano, una fecunda semilla, que donde cae se multiplica dichosamente, no solo no descaeció con su muerte aquella nueva Christiandad, si que ha ido tomando mayor cuerpo, asistida del zelo de la Santa Provincia de San Diego, la qual mantiene allà vivas sus Misiones. (8o) Aora ved aqui vosotros, Señores, qual ha sido el fuego, que del corazon de San Pedro de Alcántara se ha difundido en el de los hijos de esta Reforma. Ellos han dilatado tan felizmente la Fé, que han buscado nuevos mundos para propagarla. Trabajando de acuerdo esta Observancia mas estrecha, con la Observancia Regular, han llenado de gozo à entrambos Padres. Llevan el nombre del Señor à la Lituania los hijos de la Observancia Regular? Llevanlo tambien al Reyno de Sian los hijos de la Observancia mas estrecha. Les anuncian la Fé à los Tartaros los Regulares Observantes? La anuncian à los Japones los Observantes mas estrechos. Hacen sus espirituales conquistas en la Siria los Observantes? Hacenlas tambien en la China los Descalzos. Aprenden la Fé de los zelosos hijos de la Observancia los Caldeos Cristianos? Recibenla de los hijos de la Descalcez los Africanos. Rinden
fu cuello las Canarias al suave yugo de la Religión Católica por la aplicación de la Observancia Regular? Hace lo mismo la Provincia de Canarias por el zelo ardiente de la Observancia mas estrecha. Sería no acabar, querer yo decir por menudo quan provechosa ha sido a la Santa Iglesia esta Reforma, por las ilustres conquistas con que la ha enriquecido. Basta me decir en resumen, que solos los primeros Obreros del Evangelio, que pasaron al nuevo mundo, entregaron publicamente á las llamas veinte mil Idolos. Aplanaron quinientos Templos sacrilegos. Levantaron Iglesias sin numero, dedicadas al Dios verdadero. Enarbolaron sin temor en todas partes el victorioso estandarte de la Cruz. Instituyeron escuelas para la enseñanza del Catecismo. Celebraron Sinodos para proveer de la conveniente conducia en la propagación del Evangelio; y arrojándose intrepidos en medio de los peligros, consiguieron á costa de sudores, y de sangre, hacer florecer la Religion en los mismos lugares donde el nombre de Cristo se oía con escándalo.

§. VII.

A Ora os ruego yo, Señores mios, que si no os es molesto renoveis en la memoria, no mas que en resumen, las virtudes, los oficios, y el exito feliz de las empreñas de San Pedro de Alcántara; luego, comparando todo con lo que sabeis obró el Serafico Patriarca San Francisco; y yo estoy cierto de que no podreis menos de confesar, haber sido nuestro Santo, una perfecta idea del Serafico Patriarca, un espiritu femejante al suyo, en los sentimientos de las virtudes, en las impresiones de la gracia, en
las prerrogativas del Cielo, en el establecimiento de su grande obra. El nos ha hecho ver en su persona, y trato, que no hay mortal hombre sostenido de la gracia, que no pueda aspirar a una dichosa semejanza con San Francisco. El ha mostrado, que mientras al cuerpo anima un espíritu fervoroso, y no se condesciende con las conveniencias, y regalos, no es capaz su pesadumbre de embarazar los vuelos del espíritu. El nos ha dexado en los sucesos de su vida, estímulos para animar nuestra flaqueza, premios para alentar nuestros deseos, norma para dirigir nuestras obras, maximas para governar nuestros consejos; y sobre todo, ejemplos poderosos que seguir: de pobreza, para desprendernos de toda afición terrena; de penitencia, para vengar en la carne nuestros excesos; de humildad, para aborrecer cordialmente toda exaltación; de continencia, para aprender la delicadeza de esta virtud. Tal es, Señores, el sujeto de nuestra solemnidad, a quien no he sabido yo bastantemente representar con aquella viveza de colores tan dignos de su mérito. No obstante, tengo animo para pedir sumisión a los M. RR. PP. Vocales, no aparten sus ojos de esta imagen, y sufran pacientes la desazón, que les ha causado la pintura, a trueno de sentir los provechosos movimientos, que puede inspirarles en esta función Capitular a que son convenidos. Pues yo estoy cierto de que nada mas es menester para determinarse a elegir un digno Sucesor de San Francisco, que mirar atentamente las acciones de nuestro Santo, y combinarlas con las de los concurrentes; y aquel ciertamente será mas digno de que se conspire en él a la suprema exaltación en nuestra Orden, cuya vida, y trato sea mas con-
conforme por la semejanza, a la vida, y triaño de nuestro Heroe. Un Superior de este caracter podrá transfundir en sus subditos la inocencia de las costumbres, el zelo de la mayor observancia, y el cumplimiento mas exacto de las obligaciones del estado. Hecha asi nuestra eleccion, se podrán concebir esperanzas de que florezcan otra vez aquellos dias antiguos. Y sobre todo, nuestra eleccion regulada con estas miras, sera segun la idea de la eleccion de los Justos, y entre ellos de la Magestad de Christo Señor Nuestro, como nos describe el Apostol a los Romanos. (81) A aquellos a quienes Dios conoció antes, dice San Pablo, los predestinó conformes a la Imagen de su Hijo, para que este fuese constituido Primogénito entre todos sus hermanos. En alusion a este lugar del Apostol digo a VV. PP. M. RR.: *Quem videritis conformem fieri Imagini Filii sui, sit ipse Primogenitus in multis fratribus.* A quien reconozcan VV. PP. M. RR. mas conforme a la Imagen de San Pedro de Alcantara, Hijo muy amado de San Francisco, este sea elegido por Primogénito, y Superior entre la multitud de sus Hermanos. Y por lo que toca a todos nosotros generalmente, no apartemos los ojos de un Santo, hecho modelo de todas las virtudes Christianas, y Regulares. Aspiremos con él a la dichosa imitacion de nuestro Serafico Padre San Francisco. Y los que entre los Hijos de San Francisco nos distinguimos con el titulo de Reformados, miremos con atencion seria la cantera de donde hemos sido cortados, y no desmerezcamos ser piedras elegidas para edificar la soberana Jerusalen. Quantos nos gloriamos con el bello titulo de Hijos de San Francisco, emprendamos con ardor nuevo acreditar el tu...
tulo con las obras, de manera, que admirado
el mundo reconozca en cada uno de nosotros,
como en San Pedro de Alcántara: Un heredero
del Espíritu de nuestro Serafico Padre San Franci-
co. Amen.

O. S. C. S. R. E.
SERMON
Varios